

ORACIÓN DE LA VIDA CONSAGRADA

Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre nuestro. Acoge la oración que te dirigimos. Mira con benevolencia nuestros deseos de bien y ayúdanos a vivir apasionadamente el don de la vocación.

Tú, Padre, que en un designio gratuito de amor nos llamas por el Espíritu a buscar tu rostro en la estabilidad y en la itinerancia, haznos siempre portadores de tu memoria y que ella sea fuente de vida en la soledad y en la fraternidad, de modo que podamos ser hoy reflejo de tu amor.

Cristo, Hijo de Dios vivo, tu que casto, pobre y obediente has caminado por nuestras calles, sé nuestro compañero en el silencio y en la escucha, conserva en nosotros la pertenencia filial y hazla fuente de amor. Haz que vivamos el Evangelio del encuentro: ayúdanos a humanizar la tierra y crear fraternidad; que sepamos compartir la fatiga de quien se ha cansado de buscar, y la alegría de quien aún espera, de quien aún busca y de quien mantiene viva la esperanza.

Espíritu Santo, fuego que arde, ilumina nuestro camino en la Iglesia y en el mundo. Concédenos la valentía de anunciar el Evangelio y la alegría del servicio en la vida cotidiana. Abre nuestro espíritu a la contemplación de la belleza. Conserva en nosotros la gratitud y la admiración por la creación. Haz que reconozcamos las maravillas que Tú realizas en cada viviente.

María, Madre del Verbo, vela nuestra vida de hombres y mujeres consagrados, para que la alegría que recibimos que la Palabra llene nuestra existencia y tu invitación a hacer lo que Él nos diga (Jn 2, 5) nos transforme en agentes activos en el anuncio del Reino. Amén.

CANTO FINAL

¡Oh María, Madre mía,
oh consuelo del mortal,
amparadme y guiadme
a la Patria Celestial!



HORA SANTA



AUXILIARES PARROQUIALES
DE CRISTO SACERDOTE

CANTO DE ENTRADA

Cristo resucitó, aleluya; la vida venció a la muerte, aleluya; por toda la tierra
canta el pueblo de bautizados, aleluya, aleluya.

Lectura del Evangelio según San Juan (24, 36-43)

Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dijo: «La paz con vosotros.» Sobresaltados y asustados, creían ver un espíritu. Pero él les dijo: «¿Por qué os turbáis, y por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como véis que yo tengo.» Y, diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Como ellos no acabasen de creerlo a causa de la alegría y estuviesen asombrados, les dijo: «¿Tenéis aquí algo de comer?» Ellos le ofrecieron parte de un pez asado. Lo tomó y comió delante de ellos.

PALABRA DEL PAPA: Ningún miedo a la alegría:

Hay muchos cristianos que tienen miedo a la alegría. Cristianos «murciélagos» que van con «cara de funeral», moviéndose en la sombra en lugar de dirigirse «a la luz de la presencia del Señor». El hilo conductor de la meditación es precisamente el contraste entre los sentimientos que experimentaron los Apóstoles después de la resurrección del Señor: por una parte, la alegría de saber que había resucitado, y, por otra, el miedo de verlo de nuevo en medio de ellos, de entrar en contacto real con su misterio viviente. La tarde de la resurrección los discípulos estaban contando lo que habían visto: los dos discípulos de Emaús hablaban de su encuentro con Jesús durante el camino, y así también Pedro. En resumen, todos estaban contentos porque el Señor había resucitado: estaban seguros de que el Señor había resucitado. Pero precisamente estaban hablando de estas cosas, relata el Evangelio, cuando se presenta Jesús en medio de ellos y les dice: «Paz a vosotros». En ese momento sucedió algo diferente de la paz. En efecto, el Evangelio describe a los apóstoles aterrorizados y llenos de miedo. No sabían qué hacer y creían ver un fantasma. Todo el problema de Jesús era decirles: Pero mirad, no soy un fantasma; palpadme, ¡mirad mis heridas!. Se lee además en el texto:

Como no acababan de creer por la alegría.... Este es el punto focal: los discípulos no podían creer porque tenían miedo a la alegría».(...)También nosotros tenemos miedo a la alegría, y nos decimos a nosotros mismos que «es mejor pensar: sí, Dios existe, pero está allá, Jesús ha resucitado, ¡está allá!. Como si dijéramos: Mantengamos las distancias. Y así «tenemos miedo a la cercanía de Jesús, porque esto nos da alegría. Esta actitud explica también por qué hay tantos cristianos de funeral, cuya vida parece un funeral permanente. Cristianos que prefieren la tristeza a la alegría; se mueven mejor en la sombra que en la luz de la alegría (...) ¡Como los murciélagos! Y con sentido del humor diríamos que son “cristianos murciélagos”, que prefieren la sombra a la luz de la presencia del Señor. En cambio, muchas veces nos sobresaltamos cuando nos llega esta alegría o estamos llenos de miedo; o creemos ver un fantasma o pensamos que Jesús es un modo de obrar. Hasta tal punto que nos decimos a nosotros mismos: Pero nosotros somos cristianos, ¡y debemos actuar así!. E importa muy poco que Jesús no esté. Más bien, habría que preguntar, es necesario superar el miedo a la alegría y pensar en cuántas veces no somos felices porque tenemos miedo. Como los discípulos que habían sido derrotados por el misterio de la cruz. De ahí su miedo.(...)Y así los discípulos, quemados con el drama de la cruz, dijeron: no, ¡detengámonos aquí! Él está en el cielo, está muy bien así, ha resucitado, pero que no venga otra vez aquí, ¡porque ya no podemos más!».

Invoquemos al Señor para que «haga con todos nosotros lo que hizo con los discípulos, que tenían miedo a la alegría: abrir nuestra mente. Que el Señor abra nuestra mente y nos haga comprender que Él es una realidad viva, que tiene cuerpo, está con nosotros y nos acompaña, que ha vencido: pidamos al Señor la gracia de no tener miedo a la alegría».

REFLEXIÓN

¿Tú hablas con Jesús? ¿Le dices: Jesús, creo que estás vivo, que has resucitado, que estás cerca de mí, que no me abandonas? ¿Tienes miedo a que Dios maneje tu vida a su antojo, según su voluntad sobre todo en las circunstancias adversas?

PRECES DIALOGADAS (se contesta: auméntanos la fe)

Te alabamos, Padre, por la victoria de Jesús, tu Hijo.

Te alabamos, Padre, en la sabiduría de la Cruz.

Te alabamos, Padre, en la fuerza de la debilidad.

Te alabamos, Padre, en la alegría de ser pobres.

Te alabamos, Padre, en la paz de los sencillos,
Te alabamos, Padre, en el amor a los enemigos.
Te alabamos, Padre, en los que construyen la paz.

DE NUESTRO PADRE FUNDADOR : SIERVO DE DIOS JOSÉ PÍO GURRUCHAGA: Retiros y meditaciones de Pascua de Resurrección:



Alegrémonos pues, en el Señor, con esa alegría interior, esa *laetitia* interna, que diría S. Ignacio, para que así nuestras almas puedan utilizar este día hermosísimo, de tal suerte que vivan la vida de Cristo resucitado.(...)

Vamos a ocuparnos hoy de la resurrección del Señor (...) Esa vida de resurrección, vida cristiana, vida de muerte a las cosas de la tierra y de vida a las cosas de Cristo(...) Hemos de oír de los labios del mismo Apóstol San Pablo estas enseñanzas soberanas: alegraos, cantad todos con entusiasmo grande, porque nuestra fe no está vacía de realidad; alegraos porque ha resucitado Cristo, de tal manera que en ese mismo momento nuestra fe ha vivido de realidad; si Cristo no hubiera resucitado, nuestra fe hubiera carecido de fundamento. Vosotros habéis permanecido en la muerte y al morir si Cristo no hubiera resucitado, vosotros os hubierais hundido en los abismos del infierno. Pero Cristo al triunfar de la muerte os ha comunicado la vida. Según las enseñanzas del Apóstol, la Iglesia respira hoy la realidad de la Resurrección. Jesús aparece sereno, hermoso, soberano, radiante de hermosura, allá en medio de los Apóstoles. “Palpad y ved, no soy un fantasma, no tengáis miedo; los fantasmas no tienen cuerpo, los fantasmas no comen, si Yo fuera un espíritu no os pediría de comer (...) Los hijos de la Iglesia podemos decir siempre “El Señor ha resucitado aleluya”. Es verdad que ha resucitado, alegrémonos, cantemos cánticos de alabanza.

Cristo pide de comer; la prueba de los sentidos ha de entrar en aquellos pobres hombres que están asustados. Comió del pez y de la miel para que sus Apóstoles vieran la realidad de su Resurrección. También nosotros recibimos ese Pez y esa Miel que es Cristo (...).

¡Aleluya, Cristo ha resucitado! Viene en el momento de la Comunión; ha resucitado y nos comunica la vida, la vida de la gloria, porque ya aquí en la tierra nos está comunicando los comienzos de ella, para que un día podamos cantar aquella Resurrección eterna que gozaremos por siempre, en un ¡Aleluya! Que será la expresión sublime de nuestra dicha y de nuestra felicidad con Cristo resucitado y glorioso.